

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habéis reflexionado alguna vez en lo que significan, en el papel que representan dentro de la vida de la humanidad, las llaves?

Ese trozo de hierro que por un lado tiene forma de asa y por otro una hechura especialísima, semejante a la de una mano chiquita y mutilada, que sin embargo se adelanta para ejercer un esfuerzo, comunicando ó comunicando, aislando y resguardando ó franqueando, es una entidad importantísima en el cuadro de la civilización humana.

Preguntábase Bartrina, el desengañado poeta, qué graves delitos habrían precedido á la invención de las llaves. Es indiscutible: la primer llave—ó cosa equivalente—fué la sanción del derecho de propiedad, la consagración del *tuyo* y *mío*, no sólo en lo material, sino en lo espiritual; porque la llave no guarda solamente objetos y dinero: guarda también á la mujer, y la mujer bajo llave, es todo el Oriente, celoso y exclusivo.

«La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa,» reza el antiguo refrán. De poco serviría, para el achaque de la honradez, el estar en casa, si las casas no tuviesen provisión de llaves y cerrojos; y si las casas fuesen únicamente cuatro paredes y una puerta, que cualquiera puede atravesar. Y á veces, han sido llaves y cerrojos estímulo para que el galán atrevido ponga cerco al recato de la mujer. El cerrar defiende, pero tienta.

Lo seguro es que ignoramos el origen de las llaves; yo al menos no he podido averiguar dónde y cuándo se usaron por primera vez. Que son muy antiguas es cierto, pues Cristo dió á San Pedro las del cielo hace mil novecientos años. He podido admirar colecciones de llaves que constituyen verdaderos objetos de arte, maravillas de cincelado y de forjado, objetos de Museo. Nuestra época, que de todo tiene menos de estética, ha reducido la llave á su mínima expresión y á la más sencilla y desairada hechura; pero antaño (un antaño bastante remoto) eran tan primorosas las llaves, que hubo quien adquirió una y por encontrarla encantadora, construyó un mueble *ad hoc*, en el cual la llave funcionaba.

¿No habéis oído hablar de las llaves del corazón? A cada paso esta idea asoma en la poesía y en el lenguaje familiar. ¡Las llaves del corazón! Nos las figuramos diminutas, de oro cincelado, incrustadas de rubíes, unos rubíes chiquitos y vivos como gotas de sangre que hiere el sol. También el corazón necesita, por lo visto, ser cerrado rigurosamente, y también si se abre entrarian por él haciendo riza los ladrones y descuidados... Con mayor motivo que los cofres y arcas, que los joyeros y armarios, debe cerrarse el corazón, que es donde guarda cada cual lo mejor de sí mismo. En el corazón de cada uno sólo cabe cada uno: ¡ay del que lleva, dentro de su corazón, á otro ser humano! Como el gusano en el nudo vital del árbol, irá el intruso ó la intrusa royendo y destrozando, hasta que el árbol tenga que venirse á tierra, desplomado de repente. Las llaves del corazón serían las llaves de mayor importancia... si hubiesen existido alguna vez.

Otras llaves, sin embargo, suelen imponerse con doble fuerza á los míseros mortales. Son las tantas veces citadas *llaves de la despensa*. ¿No habéis oído nunca lamentar el que un padre de familia, al morir-

se, se lleve consigo á la sepultura las necesarísimas, urgentísimas llaves?

Es decir: no creo que sean precisamente las llaves lo que se lleva, sino más bien lo que bajo esas llaves se custodiaba. Notad que los duelos por la pérdida del jefe de la familia, revisten especial carácter cuando en un ángulo de la caja mortuoria suponemos que van ocultas esas llaves desgastadas por el uso diario, engrasadas del contacto de los dedos hacendosos. El duelo por un hombre que deja á los suyos «bien» es una manifestación de simpatía y un tributo á la ley común que acatan los hijos de Adán; pero hay quien sale de un duelo envidiando más que compadeciendo á los herederos del difunto. En cambio, los dueños donde las llaves de la despensa bajan á la tierra acompañando al cadáver (como acompañaban en tiempos prehistóricos al guerrero muerto sus armas y hasta sus mujeres favoritas), esos sí que son duelos y quebrantos. Allí sí que los párpados se han hinchado al cauterio de verdaderas lágrimas escocientes; allí sí que todo descubre el aplanamiento y el horror sordo de las catástrofes interiores. La viuda tiene gestos especiales, de desesperanza; los hijos están como si les hubiesen descargado un mazo en la cabeza; los criados la mueven á guisa del que anuncia la imposibilidad de arrostrar el porvenir, y los amigos, atropellando entre los labios las fórmulas oficiosas del pésame, piensan en otra cosa, é involuntariamente cavilan entre sí: «Habrá que alejarse un poco, con habilidad. Esta *pobre* gente ha quedado en malísima situación...»

¿No es esta la verdad, la cruda verdad humana? ¿No es el interés el móvil, oculto ó visible, de las nueve décimas partes de las acciones que vemos realizar diariamente? Y no debe de haber remedio para tal estado de cosas, cuando ha sido preciso inventar las llaves, los cerrojos, las trancas, las rejas, las puertas de hierro, las tapias y otros mil modos de clausura defensiva...

Si fuese preciso idear una alegoría de la propiedad, bastaría dibujar una enorme llave.

Y sin embargo, así como la firma no demuestra y quizás arguye en contra de la autenticidad de un cuadro, las llaves no salvan la propiedad en momentos críticos... Con la ganzá se burla la llave; con el formón y la palanqueta se descerraja... La llave no es más que una especie de guardia civil de hierro; ante fuerza ó maña superiores, no es útil su custodia.

En los casos de descuido doméstico ó pérdida casual; cuando es preciso requerir al cerrajero para que precipitadamente abra una puerta cuya llave no parece, me ha producido siempre vago asombro y como sensación de la nulidad de las cosas, el ver que esa puerta que creíamos segura y reciamente defendida, esa cerraja en la cual fiábamos, cede sin la menor violencia, con fantástica facilidad y suavidad, á la primer vuelta de ganzá. Todo lo que destruye la fe, nos aniquila. Aunque sea la fe en un objeto material, la fe que no llega á los hondos repliegues del espíritu, se sufre un dolor espiritual, un desconsuelo, al perderla. Yo he sentido oprimírseme el pecho siempre que he visto practicar esa operación sencillísima, el cerrajero agitando su llavero de ganzá, eligiendo una, y en una vuelta de mano, franqueando con la mayor naturalidad la puerta que creísteis infranqueable... El honrado oficial os parece entonces un malhechor. La imaginación os le pinta entrando furtivamente, á las horas silenciosas, nocturnas, con calzado de fieltro, linterna sorda, puñal prevenido, el clásico *attrezzo* y vestuario del ladrón de oficio... Estos juegos de la fantasía son una de las docientas razones que hacen temible la *pequeña gran desgracia*, como diría un traductor de folletín, de perder una llave...

¿Quién no las pierde alguna vez? Echegaray dice por boca de uno de sus personajes, en *Mariana*, si no me engaño, que el diablo es quien se lleva las llaves que faltan y no aparecen. No sé si el diablo se entretiene en eso por obra de su natural maldad, como San Antonio, por bondad, se toma el trabajo de encontrarlas, si se le reza el Responso; lo que sé es que hay veces en que sólo la intervención diabólica podría explicar la desaparición y reaparición de ciertas llaves. Acabáis de tenerlas en las manos, y de pronto... ¡psit!, como si un ser invisible os las arrebatase y desapareciese con ellas. Y empieza la búsqueda ansiosa, el revolver por todas partes, el no dejar rincón que no se visite y escudriñe, el preguntar, y por último, el desesperarse. Cuando la desesperación ha llegado á su colmo, y ya las órdenes de «que venga el cerrajero» están cursadas..., allí, delante de nuestras narices; allí, donde habíamos mirado mil veces...; allí, riéndose de nosotros, ¿qué vemos? La llave, la maldita llave, el pedazo de hierro, sin el cual la normalidad de la existencia de los civi-

lizados es imposible... La llave, que nos ha costado dos horas de dolor de cabeza y mal humor, y que ni un minuto había cesado de estar donde no se la buscaba.

Conviene advertir que mucha gente tiene la manía de las llaves, el prurito de cerrarlo todo, aun lo que no hay para qué. Y vive cargada con una respetable cantidad de kilos de hierro oxidado, pues quien abusa de las llaves, necesariamente las llevará descuidadas y sucias. ¿No es cierto que con sólo mirar las llaves que una mujer usa, os dais cuenta de sus aptitudes para hacer agradable el *home*? Un manojo de llaves relucientes, colgadas de un llavero de acero que brilla, es indicio cierto: hay orden y cuidado. Las llaves, por otra parte, son como las demás cosas; deben limpiarse y hasta desinfectarse. Yo tuve una tía, señora muy exquisita y principal, que había contraído la neurosis del asco, y lavaba cosas que es inverosímil que reciban el bautismo del agua, como los tiradores de las campanillas (por entonces eran gruesos cordones de seda rematados en una borla). De las extravagancias de esta señora, exagerada en su aseo, saqué en limpio—y aquí sí que cabe el modismo—que deben lavarse muchos objetos que la gente no lava jamás; las llaves, verbigracia. Un poco de aceite, papel de lija, un trapo, dejan una llave hecha un espejo. Averigüé también que la susodicha señora no absorbía un huevo pasado sin haberlo visto lavar anticipadamente, y que antes de usar una pastilla de jabón, la hacía disolverse un poco en agua, y esa agua la tiraba, porque allí iba la inmundicia y contaminación de los dedos de la operaria que había envuelto la pastilla en su camisa de papel de seda y en su coraza de papel plateado...

Hay veces en que la llave adquiere altísima significación. No hablemos de las de San Pedro, pues no ignoramos que no son de metal; recordemos solamente aquella llave de su puerta que los moros se llevaron al marcharse de España, ó que dejaron colgada de un clavo en el zaguán, que no tendrán más que descolgar el día en que quieran volver á sus antiguos lares... Acordémonos también de las llaves que guardan secretos, en muebles incrustados, dorados ó fileteados de concha; esos muebles que se ven en los cuadros viejos, en las prenderías y en las casas donde se cultiva la idea de lo pintoresco y lo artístico... ¡Si esos muebles hablasen! ¡Si nos refiriesen la historia del paquetito que atado con cinta azul ha permanecido allí años y años, palideciendo su tinta, enranciándose sus satinados folios, sufriendo la lenta alteración que sufre todo, cosas y personas, bajo la acción del tiempo! ¡Si la llave contase el temblor de la mano que la deslizó en la cerradura, las palpitaciones del seno en que se ocultaba, todo lo que formó alrededor de su metálico cuerpo ambiente de pasión!

Hace años, todavía las llaves desempeñaban papel muy transcendental en los estrenos teatrales. La mayoría de los madrileños se llevaba en el bolsillo la llave de la puerta, y aplicándola á los labios, juzgaba una obra. Fué asombroso el coro de llaves que acompañó al estreno de *La Carmañola*, de Necedal. Actualmente, la inmensa mayoría de los madrileños entregan al sereno sus llaves, y se libran de llevarse una carga de hierro en el bolsillo. Y de pasada diré—puesto que frecuentemente tengo ocasión de deplorar aquí las malas costumbres—que es admirable esta humilde corporación de serenos madrileños, en manos de la cual se encuentra la hacienda y hasta la vida del vecindario, y que las guarda y defiende, sin que se registre un caso de complicidad con ladrones y malhechores. ¿No os da lástima, en las noches frías, el sereno? Mientras los demás trasnochán por divertirse, él trasnocha hasta el amanecer, y diariamente, para abriros la puerta y vigilar vuestra casa. Tiene en su poder el modo seguro de entrar en ella y de desbalijaros; tiene el depósito de vuestra confianza y seguridad, y no la defrauda nunca. Los extranjeros que vienen á Madrid, no se cansan de repetir que no sería fácil establecer en París ó en Londres algo análogo á nuestros serenos. El sistema de París, del famoso «cordon, s'il vous plaît!», se presta á todo género de abusos y facilita la delincuencia nocturna. Hay que reconocer el mérito de los serenos—en el cual no reparamos, como se suele no reparar en lo que estamos viendo á cada instante—y perdonarles su única falta—por otra parte tan natural dentro de su oficio,—á saber, la afición á echar un reparillo al cuerpo, en la estación en que el frío amorata la nariz y las uñas; la inclinación á trasegar al estómago una copita ó un vaso de café con gotas... ¡El café! Y sin el café, vaharoso, hirviente, más de achicoria que de moka, ¿qué sería del sereno?

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.